

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo XIV



~Como una flotilla llameante, la compañía de antorchas se desplazaba sobre ondulantes colinas negras, Lázaro, en lo más profundo de su ser, luchaba bajo la gravedad de cadenas que lo oprimían. Al ascender a la cima de la cresta, Lázaro se detuvo. Echó las orejas hacia atrás y sus dilatadas pupilas se redujeron a simples agujeros.

Ante él, el terreno descendía, extendiéndose sin obstáculos, para presentar un gran castillo en la cima de la siguiente meseta. Una mezcla de llamas de antorchas crepitaba frente a sus puertas bien fortificadas. La multitud se extendía, incluso rodeando las murallas del castillo y, quizás con varios cientos de metros de profundidad, el borde más cercano de la congregación se dispersaba entre varias hileras de toscas casas con techos de paja. La mano de un soldado espoleó a Lázaro hacia adelante, hacia abajo la colina poco profunda.

“¡Cierren filas! ¡Armas listas! ¡Mantengan sus posiciones!”, bramó el comandante en jefe de la escolta . Los soldados arrojaron las antorchas y se apiñaron alrededor de Lázaro, compactando la formación dispersa en un cuadrado rígido. Los escudos se alzaron hacia el borde, cerrando el cubo, mientras las picas sobresalían, apuntando ostensiblemente hacia la multitud. «¡No hay peligro! Si se rompe la formación, ¡golpeen a muerte!»

Al unísono, el bloque defensivo, que por fuera parecía infranqueable, avanzó.

La multitud rugía con la misma intensidad que una tormenta, pero a medida que el grupo se acercaba, el trueno se disipó, dejando solo el canto de los grillos y el crepitar de las antorchas para dominar el aire silencioso de la noche. Finalmente, en esa calma absoluta, un mar de antorchas se abrió paso, como un Mar Muerto que se abrió para iluminar un camino bien definido que conducía directamente a las puertas del castillo. Quizás Lázaro se ahogó entre cientos de miradas de asombro; bajó la vista y avanzó por el pasillo recién construido, mientras los pesados hierros tintineaban a cada paso y un grupo de ballesteros listos abría paso a la procesión.

La multitud murmuraba, y los ruidos provenían de quienes estaban detrás. Los espectadores lanzaban insultos. Entonces, una piedra voló por encima de sus cabezas y golpeó a Lázaro en la coronilla. Cayó al suelo aturdido, con la sangre corriendo por su cuello. Un ballestero derribó al que había lanzado la piedra con una flecha y el joven campesino se desplomó. El acto provocó una furiosa protesta. Dos soldados levantaron a Lázaro apresuradamente. Se tambaleó entre ellos, con la cabeza dando vueltas. El comandante gritó advertencias a todos, pero el clamor de la multitud ahogó su voz. De repente, el camino al castillo se derrumbó, completamente engullido por puños furiosos y antorchas ondeantes.

Considerando a Lázaro como el rey de los demonios y príncipe del mal, la multitud se abalanzó sobre él. Quizás las mujeres le contaron sus muchos sufrimientos terrenales; le escupieron. Volaron rayos. Quizás los hombres recordaron sus penurias; se lanzaron contra él. Las espadas se blandían. Y bajo un mar de pies que se movían, niños emocionados buscaban piedras. Las picas se hundieron en el derramamiento de sangre.

Los hombres de Lord D'Alcicourt hicieron retroceder a las masas sedientas de sangre. Incluso mientras hombres, mujeres y niños caían heridos o peor, seguían llegando más. Además, dentro de la formación, soldado contra soldado: el bloque se derrumbó y la multitud los engulló por completo. Brazos furiosos arrebataron a Lázaro y lo alzaron en alto, pasándolo de mano en mano. Maldiciones y gritos. Era una momia envuelta en cadenas, a la deriva sobre olas furiosas de extremidades alzadas. Gritos aleatorios se unieron en un rugido rítmico que resonó por toda la tierra: «¡Quemen al diablo! ¡Quemen al diablo!». Lázaro se retorció, seseando y pataleando, absorbiendo en todos sus dolores cada vez mayores. «¡Quemen al diablo!», gritaban las masas.

Al instante, el eco de un cuerno de batalla apaciguó la furia y todas las miradas se dirigieron hacia el castillo. En lo alto de sus murallas, los arqueros corrieron a colocarse en posición, dirigiendo sus flechas hacia la multitud. Las puertas del castillo se abrieron de par en par y una columna de monturas acorazadas salió estruendosamente, espadas y Escudos relucientes en el mar de antorchas. La multitud estalló como ratas huyendo de la luz del día. Lázaro cayó. Se desmayó. En el caos que se extendía, muertos y heridos salpicaban el terreno. La guardia de la corte de D'Alcicourt rodeó a Lázaro y giró.

Avanzando hacia afuera, flanqueando, con los escudos en alto. Dos caballeros desmontaron y alzaron a Lázaro sobre un corcel, boca abajo. Al unísono, y con la misma precipitación con que habían salido, la compañía acorazada regresó rugiendo a través de las murallas, y las puertas del castillo se cerraron de golpe tras ellos.

Y una vez dentro de las murallas del castillo, bajaron al inconsciente Eljo de su corcel y lo arrojaron a un profundo foso en el patio. Contra la pared del fondo, se alzaba una única puerta de hierro forjado que se abría bajo tierra, debajo del castillo. A cada lado de la puerta, se sentaban dos prisioneros encadenados que observaban nerviosamente a su nuevo huésped. Ambos estaban desaliñados, con barbas descuidadas; sin embargo, uno de ellos tenía una presencia considerablemente mayor, con cabello rubio, espalda ancha y ojos azules. Era incluso más grande que Lázaro y poseía un gigante al lado de su compañero de prisión, mucho más pequeño.

Cuando ya había transcurrido casi toda la noche y amaneció, Lázaro recobró el conocimiento, sobresaltado por la conversación que mantenían los dos prisioneros. Permaneció inmóvil, escuchando mientras el hombre más corpulento se burlaba, con una voz grave teñida de acento extranjero. «Si es tu Satanás, ¿ por qué se deja atar y arrojar a un pozo? ¡Respóndeme eso!». El más pequeño respondió: “Bueno, tal vez no sea Satanás mismo, pero sin duda es un demonio. Incluso ahora, solo finge estar cautivo. ¡Se liberará de esas cadenas y nos matará a todos!”. “No es ni tu Satanás, ni un demonio. Es un Night Alf, te lo dije , lleva todas las marcas de” uno. Y no puede liberarse, no con esos grilletes.

Lázaro se dio la vuelta, abrió los ojos con dificultad y, con un poco de esfuerzo, se incorporó . Se apartó el pelo ensangrentado de la cara, dejando al descubierto una fea herida justo encima de su ceja izquierda. «Dios mío», gimió.

El prisionero más pequeño tartamudeó, forcejeando contra sus grilletes. “¡Lo ves! ¡Ahí va!” ¡Al diablo! —suplicó a los guardias que patrullaban el terreno cerca del borde superior del pozo—. ¡Sáquenlos de aquí! ¡Está despertando! —¡Silencio! —gritó un soldado en respuesta. Miró a Lázaro y alzó la vista hacia el cielo estrellado, luego se dio la vuelta y se marchó tranquilamente. —¡Ay! —espetó el prisionero corpulento, quejándose al más pequeño—. ¡Cállate! Tus gritos son propios de una florecilla. El hombre más pequeño lo miró con los ojos entrecerrados, resopló y se apoyó contra la pared, permaneciendo rígido, con los brazos caídos sobre las rodillas levantadas; tal vez en un intento por recuperar su dignidad con esa apariencia desafiante pero despreocupada. Observó a Lázaro desde lejos.

Finalmente, se inclinó y le siseó a Lázaro: “No soy a quien buscas, Diablo. Soy cristiano”. Señaló al hombre corpulento; “Él es a quien quieres: un hombre del norte... un

pagano."

Lázaro se defendió diciendo: "No soy el diablo".

—¿Es que no oyes? —gruñó el hombre del norte al cristiano—. No es un demonio. Ya te dije lo que era.

"Me llamo Lázaro Gogu." Lázaro inspeccionó sus cadenas.

—Gogu, tal vez. —El hombre del norte se recostó y sonrió con sorna—. Sin embargo, Gogu, el elfo nocturno, sigues siéndolo.

El cristiano le preguntó: «Entonces, si no eres un demonio, ¿por qué te pareces a un demonio?».

"Así nací. Soy un hombre, solo que diferente."

"¿Un hombre? ¿Solo eso?" El hombre del norte rió entre dientes y se volvió hacia el cristiano. "El Alf Nocturno se hace llamar hombre. ¿Qué opinas? ¿Hombre o no?" Se rió.

Lázaro le preguntó al Hombre del Norte: "¿Qué es un Night Alf?"

—¡Tú! —respondió bruscamente—. Y si te acercas, te romperé el cuello.

Lázaro arqueó una ceja y se volvió hacia el otro. El cristiano habló: «Él es un hombre del norte. Su gente cree que los elfos de la noche son criaturas que vagan por los bosques al anochecer». —¿Entonces no es cristiano? —preguntó Lázaro.

El hombre del norte se rió. «Nuestro Alf quiere saber si soy cristiano». Negó con la cabeza con evidente disgusto.

Lázaro le preguntó: «¿No crees que Jesucristo murió por nuestros pecados?»

El Hombre del Norte, sacudiéndose y tensándose las cadenas, se sentó mirando fijamente a Lázaro. «¡No!», escupió al suelo del foso. «¡Jamás me tragaré tales mentiras!»

"Ten cuidado de no ganarte un lugar en el infierno", le advirtió el cristiano.

El hombre del norte le lanzó una mirada, frunció el labio y se echó hacia atrás contra la pared. "A mi Muerte, mi lugar estará en la mesa de Odín, con comida, bebida, cantos y vírgenes en los Salones del Valhalla. Y puedes quedarte con tus cuentos tontos para asustar a los niños y convertirlos en cobardes adultos.

«Crees en mitos», respondió el cristiano, «ya te lo he dicho muchas veces; no existe Odín ni palacios sagrados. Mira a tu alrededor: nadie habla de semejantes tonterías, salvo tú».

¿Cómo puedes creerlo?

El hombre del norte se inclinó, agarró al cristiano por la nuca y le tiró de la cabeza hacia sí. Le gruñó en la cara: «¡Cuida tu lengua! En la tierra de mi padre y mi hermano, he visto a muchos de los tuyos asesinados por decir menos. Quizás solo sea un hombre entre vosotros, los cristianos; sin embargo, en mis tierras, estaríais rodeados por mi gente».

Recuerda esta verdad: todos te conocerían como el "blasfemo de Odín" y te cortarían la cabeza.

por ello.”

Lázaro les preguntó: "¿Por qué están ustedes dos en este pozo?"

El hombre del norte soltó a su compañero y se echó hacia atrás. “Estamos aquí, mi buen Alf, Porque mi amigo mató a un hombre y le robó su caballo.

—Simplemente me defendí —espetó el cristiano, pasándose el pelo por la nuca.

“Él me dibujó a mí primero.”

“Y si no hubieras estado robando su caballo, no te habría apuntado. Luego guiaste a los soldados justo hasta donde yo estaba durmiendo. ¡Maldito imbécil ! Dije que estaba cansado de caminar, ¡ no te dije que fueras a robar un caballo!”

—No, no, no —espetó el cristiano—. Iban a dejarte ir. No estás aquí por mi culpa. ¡Les dije que no te conocía! —Apuntó con el dedo acusador al hombre del norte—. Tú mismo te metiste aquí. Admitiste conocerme y luego hablar...

Esa tontería sobre Odín, vosotros que os aferráis a la verdad, y demás. ¡Esa fe necia vuestra la que os condenó, no yo!

—Que así sea —respondió el Hombre del Norte, agitando sus cadenas en señal de protesta—. Y por mi fe, yo...

Moriré orgullosa a manos de mis enemigos. Y mañana, cuando nos ahorquen, la valquiria me llevará y os dejará pudrirlos.

El cristiano lo reprendió: «Cuando seamos colgados, arderás en el infierno por tu falsa fe».

—¿Ahorcado? —preguntó Lázaro, arqueando las cejas.

“Mañana nos ahorcarán por nuestros crímenes”, confesó el cristiano.

“¡Por tus crímenes!” espetó el Hombre del Norte. “Solo que cometí el error de viajar.

¡Junto a una serpiente asesina, ladrona y mentirosa como tú! ¡Y por mantener mi fe ante mis enemigos! ¡Solo eso!

—Sin embargo, estoy aquí para ver al señor D'Alcicourt —insistió Lázaro—. No estoy aquí para que me ahorquen.

—No, Alf. No te ahorcarán. No te preocupes —le aseguró el Hombre del Norte con sarcasmo tras echar un vistazo al cielo—. Pronto amanecerá. Al amanecer, no quedará nada de ti para ahorcar. —Soltó una carcajada arrogante. Lázaro levantó la vista. para descubrir finas nubes tenues delineadas con un tenue resplandor rojo.

—¡Silencio, pagano! —gritó un soldado desde arriba. Lázaro forcejeaba entre sus cadenas, intentando liberarse.

—Lo has enfadado. ¿Qué quisiste decir con eso? —preguntó el cristiano.

Aún riendo entre dientes, el Hombre del Norte respondió: "Haré una apuesta contigo, amigo mío". Se acercó al cristiano y susurró: "Apuesto la palabra de mi pueblo contra la Tu palabra, tu fe contra la mía. ¿Qué dices?"

“No se puede apostar a la fe.”

“Oh, pero puedo. Si puedo demostrarte que mi pueblo tiene razón, ¿renunciarás a tu fe y te unirás a nosotros en la mesa de Odín ?”

“No valoráis vuestra alma, profiriendo blasfemias en la hora de vuestra muerte.”

“No hago esta apuesta para poner en peligro mi alma, sino para salvar la tuya.”

“¿Qué apuesta es esta?”

“Por la palabra de mi pueblo, por la verdad de Odín y Loki, te juro que esto es un elfo nocturno y no uno de tus demonios”. Asintió con la cabeza hacia Lázaro.

—Yo no soy un Elfo de la Noche —resopló Lázaro, forcejeando aún contra sus ataduras.

Sin embargo, el Hombre del Norte continuó: “Pronto, seguirá el camino de todos los Alfs Nocturnos.

Verás, no pueden estar sobre la tierra a la luz del día, no sea que se quemen cuando el sol los alcance.

Y cuando lo veas arder, jurarás lealtad a la fe de mi pueblo y

¿A Odín?

El cristiano lo miró con incredulidad, con el ceño fruncido. «Has perdido la cabeza». Miró a Lázaro y se rascó la barba. «¿Hablas en serio?».

—Él arderá tan seguro como nosotros seremos ahorcados —dijo el Hombre del Norte con una sonrisa burlona—. ¿Hemos hecho la apuesta o no?

El más pequeño soltó una risita. «No, no, no... aquí está la apuesta. En cambio, salvaré tu alma. Si se consume en el sol, como dices, le entregaré mi alma a tu Odín, lo cual jamás sucederá». Se rió y le dio un codazo a su gran amigo. «Y si no muere, quiero que aceptes al Señor Jesucristo como tu Salvador y renuncies a tu dios Odín y a la fe de tu pueblo. Y cuando muramos, en el cielo, me lo agradecerás eternamente».

El hombre del norte frunció el ceño antes de estallar en carcajadas. “¡Es el espíritu!” Le dio una palmada en el hombro a su compañero. “¡Entonces es una apuesta! ¡Hecho!”

—Hecho —se burló el cristiano—. Y te tomaré la palabra. Ambos se apoyaron contra la pared y observaron cómo Lázaro se esforzaba frenéticamente por liberarse los brazos. Eljo se puso de pie, deslizándose por la pared. Se giró y le advirtió al cristiano: —No debes arriesgar tu alma por mí. Mirando al cielo, volvió a concentrarse en sus cadenas.

El cristiano se puso de pie con dificultad. «Solo es una apuesta si uno puede perder. Al defender al Señor Todopoderoso, no puedo perder. Y puesto que salvo otra alma de gente como tú, Dios gana esta vez». El cristiano sonrió con sorna.

«Basta de engaños, mi buen Alf». El Hombre del Norte se burló de Lázaro y le guiñó un ojo. «Que venga el sol, que pertenece a Odín. Y tú no serás más que ceniza y polvo».

El estruendo de las armaduras se convirtió en un rugido cuando los soldados rodearon la cresta de la fosa; sus ballestas estaban amartilladas y listas.

—¡Todos abajo! —gritó un soldado—. ¡Abajo, ahora! —Lázaro y el cristiano saltaron al suelo del foso. El hombre del norte frunció el ceño, pegando la espalda a la pared. —¡Todos los prisioneros a salvo! —gritó el soldado—.

¡Clang! ¡Crujido! La puerta de hierro del foso se abrió de par en par, dejando salir a un torrente de guardias armados. La mayoría acorraló a los prisioneros cristianos y paganos contra la pared, mientras que otros rodearon a Lázaro.

“¡Levántate! ¡Muévete!” Condujeron a Lázaro a toda prisa a través de la puerta de hierro. Tropezó entre un torbellino de armaduras y espadas y descendió por un pasadizo subterráneo repleto de antorchas, piqueros y arqueros. La puerta del foso se cerró de golpe tras él y una voz resonó por el corredor: “¡Puerta del foso asegurada!” Los guardias escoltaron a Lázaro a través de un laberinto subterráneo de giros y recovecos.

Uno de sus escoltas gritó: «¡Alto!». Los soldados lo hicieron girar hacia una puerta y apretaron sus cadenas. «Entra». Lázaro obedeció. La puerta se cerró tras él y los ecos de murmullos y el crujido del metal se desvanecieron con la partida de los soldados.

El aire estaba denso, frío como una cripta, ligeramente dulce por el olor a cera vieja y piedra húmeda. Recorrió con la mirada la tenue habitación rectangular. Una larga mesa toscamente labrada ocupaba el centro, extendiéndose a lo largo, y dos bancos igualmente largos la flanqueaban. Además, dos velas ardían en platos en los extremos opuestos de la mesa; la más cercana, una vela alta, proyectaba un círculo de luz danzante a su alrededor. La otra vela no emitía luz, aunque un tenue resplandor rojo emanaba de su mecha. Debajo de la espiral de humo, en el suelo y encajado en el rincón más alejado, yacía un tosco colchón de paja. En el rincón opuesto, vislumbró fugazmente lo que parecía ser una rata aplastada, sola y casi en descomposición. Lázaro se deslizó por la pared, rozando sus cadenas contra las piedras. Se desplomó sobre el colchón, abandonando los detalles de su confinamiento actual al reino infinito de los sueños.

~*~

Sin embargo, por lo que pareció un instante fugaz, sus sueños se desvanecieron y la puerta se abrió de par en par, y con ella sus ojos. De repente, se incorporó, entrecerrando los ojos ante el torrente de luz brillante que entraba por la puerta. Dos sirvientes entraron con candelabros de siete niveles y los colocaron sobre la mesa. Al marcharse con las velas consumidas, una columna de soldados entró y se alineó a lo largo de la pared del fondo. Entraron varios hombres bien vestidos, seguidos por un obispo calvo de mediana edad, de complexión robusta y delicada, ataviado con sus galas. Intercambió miradas con Lázaro; sus ojos esquivos tal vez denotaban recelo, o incluso reticencia. Tras él, los guardias cerraron la puerta, tomando sus puestos para asegurarla.

El escriba se detuvo ante la mesa y miró fijamente a Lázaro antes de volverse hacia el obispo.

“Es un verdadero demonio. Míralo : los dientes, las orejas, y con alas de murciélago.”

—Yo no soy el diablo —replicó Lázaro.

El obispo corrigió al escriba: «No lo acuses sin motivo; no nos ha hecho ningún daño. Pronto lo sabremos».

El escriba, el obispo y otros se movían deliberadamente por la habitación mientras Lázaro escudriñaba los rostros nerviosos de los soldados. El metal tintineaba en las filas cambiantes; y la atmósfera estaba marcada por el aire que flotaba y traía el dulce aroma del sudor fresco, el sebo de vela consumido y las mechas quemadas. El escriba resopló y se sentó a la mesa con un tintero, una pluma y un rollo de pergamino. Lázaro se puso de pie. Los guardias, inquietos, empuñaron sus armas cuando Lázaro se apoyó contra la pared. El escriba desenrolló el papel, sacó la pluma de Bueno, lo lanzó y lo colocó sobre el papel. Miró fijamente a Lázaro y respiró hondo.

—¿Tienes nombre? —le preguntó el escriba.

“Lázaro. Lázaro Gogu.” La pluma garabateó.

«Lo que ahora confiesas, Lázaro Gogu, quedará registrado como verdad. ¿Juras ahora confesar solo la verdad ante Dios y su Santidad?»

“Digo la verdad.”

“Muy bien, entonces. ¿A quién sirves? ¿Qué Señor y Rey?”

Respondió al escriba: «Sirvo a mi Señor Dios y Rey». Las miradas dubitativas se posaron en su alrededor.

—Quizás debería preguntar de otra manera —dijo el escriba—: ¿A quién juráis lealtad? ¿A qué nobleza y a qué país?

“Soy un hombre de Dios. Prometo mi lealtad a Él, a Su Santidad y a la Iglesia.”

El obispo sonrió y dio un paso al frente: «Bien. ¿Y crees en un solo Dios Todopoderoso, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo?».

"Sí."

El escriba dejó de escribir y levantó la vista, arqueando una ceja. —¿Así que te consideras un hombre... y de Dios?

"Sí."

—Los hombres no tienen alas —respondió con un tono sarcástico—. Sin embargo, dime , ¿tú sí puedes volar?

"Sí."

Mientras escribía, el escriba le preguntó de nuevo: "¿Y hasta dónde puedes volar de una sola vez?".

Lázaro respondió: «Media tarde, antes de que deba descansar». Sin embargo, la pluma se congeló y el escriba se recostó con ojos dubitativos y labios fruncidos. Varios guardias, con los ojos muy abiertos, murmuraron.

«Silencio, todos», les corrigió el obispo. Luego se dirigió a Lázaro. «Lázaro, ¿crees en Cristo, nacido de la Virgen, que padeció, resucitó y ascendió al cielo?»
"Sí."

—Bien. —El sacerdote caminaba de un lado a otro, asintiendo—. Esto está bien.

El escriba preguntó: «Háblame de tus padres. ¿Quiénes son y dónde están ahora?».

Lázaro se removió inquieto, lanzando una mirada nerviosa al obispo.

El obispo se giró hacia el escriba, haciéndole señas con la mano. «No nos demoremos más; haz otra pregunta más importante».

“Muy bien.” El escriba puso los ojos en blanco y continuó con la siguiente pregunta: “¿Alguna vez has matado a alguien o has estado en batalla?”

"No."

Mojó la pluma, la sacudió y examinó a Lázaro. «¿Nunca has matado a nadie? Sin embargo, tienes dientes como los de un perro. Dime, ¿comes carne?».

“Sí. Lo que quiero decir es ...”

El escriba lo interrumpió. —¿Dices que nunca has matado? —preguntó a Lázaro, fingiendo una mezcla de aprensión y confusión—. Sin embargo, para comer carne, hay que matarla, ¿no es así? —Y con una sutil acusación, apuntó con su pluma al Eljo—. ¿Acaso mientes ahora ante este consejo?

—Oíd, oíd. —El obispo agitó una mano delicada y corrigió al escriba—: No hay necesidad de confusión. Déjalo hablar.

Lázaro confesó: «Maté algunos animales salvajes, pero los mandamientos de Dios no se aplican a mí».

¡A los animales! ¡Tenía hambre y no tenía pan!

El escriba arqueó una ceja. "¿No... pan?"

“Ninguno. No encontré granos en el bosque. No puedo hacer pan sin granos.”

—¿Entonces te gusta comer pan? —preguntó el escriba.

“No, no me gusta el pan.”

El escriba se detuvo y suspiró. «Entonces, ¿por qué, en Su Santo Nombre, estabas buscando hacer pan si no te gusta el pan?»

El obispo se aclaró la garganta y se acercó a él con los dedos entrelazados bajo un gran vientre. «¿Cree usted que el pan y el vino, en la misa celebrada por los sacerdotes cristianos, se transforman, por la virtud divina, en el cuerpo y la sangre de Cristo?».

"Sí."

“Excelente respuesta.” El obispo, con una sonrisa astuta, se frotó las manos y se volvió hacia el

El escriba, que permanecía inmóvil, preguntó: "¿Registraste su respuesta, verdad?".

El escriba respondió: “Sin embargo, si le place, me gustaría preguntarle ...”

—Eso no me agradaría —el obispo se apoyó pesadamente en la mesa y lo reprendió—. Ahora “Anota su respuesta”. Chasqueó los dedos y señaló el pergamino.

—Como desees. El escriba se enfurruñó, pero mojó su pluma y obedeció. El obispo se volvió hacia Lázaro con expresión complacida.

El escriba tartamudeó, visiblemente ansioso, al formular la siguiente pregunta: “¿Y cuántos más hay como los de tu especie... eh... hombres voladores?”

—Oh, sí —interrumpió amablemente el obispo—, sin duda debe haber más hombres voladores. ¿Cuántos más y dónde podrían estar ahora? Frunció los labios con impaciencia .

“No lo sé. Estoy solo.”

“¿Solo hay uno de ustedes?”

“No he visto a otro igual.”

—Ya veo. —El sacerdote frunció el ceño, acariciándose la barbilla mientras dejaba caer su decepción al suelo.

Del pergamino, el escriba leyó otra pregunta en voz alta: “¿Sabes cómo usar un...

¿Una espada, un arco o cualquier tipo de arma?

“Una vez hice un cuchillo de hueso, para cortar pieles y carne”, comentó Lázaro.

El obispo se acercó a Lázaro y lo escrutó a los ojos. Vio la cruz de oración de Lázaro y apartó los eslabones de la cadena que sobresalían para examinarla mejor. —¿De dónde sacaste esto? —preguntó, inclinándose para seguir examinándolo, respirando con dificultad, como suelen hacer los hombres gordos y ensimismados.

“Fue un regalo mío, de un fraile, su cruz de oración.”

El sacerdote obeso la hizo rodar entre sus pálidos y delicados dedos regordetes, examinando sus esquinas desgastadas. «Sí. Solo un fraile podría desgastar así una cruz de oración. Te creo, Lázaro». El obispo le guiñó un ojo disimuladamente y se volvió hacia los guardias: «Ya he visto suficiente. Retírenlos».

El escriba se puso de pie y clavó la pluma en el tintero. «Tal vez no deberíamos actuar con prisa».

¿Cómo puedes estar seguro de que no se lo robó a un prisionero mientras estaba en el pozo?

—Oh, estoy completamente seguro de que no —respondió el obispo. Tiró de las cadenas que sujetaban el collar al pecho de Lázaro—. Que la cruz estuviera debajo de estas cadenas solo podía significar que la llevaba puesta incluso antes de ser atado. Los demonios nunca llevan cruces. El sacerdote se dirigió entonces a toda la sala señalando a Lázaro: —No es un engendro del demonio; es un hombre que vuela; es un cristiano que vuela.

hombre—y su nombre es Lázaro. Y como obispo de esta provincia, conservaré autoridad en Este asunto y no se admitirá ninguna referencia en contrario por su parte.

Rodeando la mesa, el escriba le susurró al obispo: "¿Puedo hablar con usted un momento?" asintió hacia un rincón lejano y vacío de la habitación. Lázaro aguzó el oído mientras, en aparente privacidad, El escriba le susurró sus inquietudes al obispo: «Cualquier diablo sabría cómo responder a cualquiera de estas preguntas. Y no parece nada hecho por la gracia ni a la luz de Dios. Quizás sería prudente considerar dejar esas...»

El sacerdote lo interrumpió bruscamente. «Quizás deberías considerar esto: si perturbas este momento tan delicado, Lord D'Alcicourt te hará usar esos grilletes». Se giró y les gritó a los soldados: «¿No me oísteis? ¡Quitad esos grilletes inmundos de inmediato!». Tres guardias se abalanzaron sobre Lázaro y lo desnudaron.

El escriba resopló, recogiendo sus pertenencias, cuando Lázaro se dirigió a él: "Soy un hombre que vuela".

El escriba se quedó paralizado y dirigió la mirada al obispo, encontrándose con unos ojos que lo miraban fijamente. Volvió a fijar su atención en Lázaro, esbozó una sonrisa forzada y respondió: «Sí, eres ... eso». Le echó un vistazo al ahora complacido sacerdote antes de salir a duras penas de la habitación con su pergamino enrollado y su tintero.

Lázaro hizo una leve reverencia al sacerdote. «Le estoy muy agradecido. Gracias».

“Sí, lo eres. Y tal vez podríamos discutir ese pequeño asunto más tarde, en la intimidad de mi «A sus aposentos», bromeó en un susurro mientras acariciaba el brazo de Lázaro. Su sonrisa se transformó en un ceño fruncido y una barbilla alzada. «Sin embargo, aún no eres libre. Lord D'Alcicourt te recibirá en breve». El obispo se giró y se dirigió a los soldados. «Hemos terminado aquí». La sala quedó vacía, la puerta se cerró y Lázaro se sentó en un banco. Completamente sucio, con el pelo enmarañado de sangre, se curaba los cortes y moretones bajo un par de candelabros que ardían con fuerza.

Transcurrió un tiempo considerable antes de que la puerta se volviera a abrir para dar paso a una criada de mediana edad y sus tres sirvientas más jóvenes. La mujer obesa era casi tan alta como Lázaro , y su considerable tamaño tal vez podría eclipsar por completo la modesta presencia. de las doncellas que entraban tras ella. Llevaba una gran bandeja repleta bajo el pecho, llena de jabones, ungüentos y diversos artículos de higiene. Se detuvo e inspeccionó a Lázaro, que estaba sentado en un banco al otro extremo de la mesa.

Lázaro se levantó e hizo una reverencia.

—¿Así que usted es el distinguido hombre volador ? —preguntó ella—. ¿Lázaro, verdad?

—Yo soy Lázaro Gogu —dijo.

—He visto ratas más sanas; eres repugnante —resopló antes de dirigirse al otro extremo de la mesa—. Y puedo olerte desde aquí. Mientras vaciaba la bandeja, descubrió que las criadas no se habían movido; seguían mirándolo fijamente desde el otro lado de la habitación . Una de ellas sostenía un cubo de agua humeante, otra abrazaba un fardo de paños doblados y la última sostenía ropa y botas limpias.

—Bueno, vengan aquí —les regañó—. El señor Lázaro no muerde. Es cristiano. Se lanzaron hacia adelante, colocando sus pertenencias sobre la mesa mientras lo observaban. Él sonrió, asintió y ellos le devolvieron la sonrisa.

Regresó a la mesa y se dedicó a mezclar ungüentos. «Maestro Lázaro, mi Señor no le deseó ningún mal y está furioso por el maltrato que sufrió. Desde entonces ha arrestado a muchos». Puedo asegurarles que nosotros, los aldeanos, no tuvimos nada que ver. Los que se congregaron a las puertas venían de otras partes de la provincia; se envalentonaron al saber que el ejército de mi señor era demasiado pequeño para imponer su autoridad en sus tierras.

—Sin embargo, Lord D'Alcicourt todavía desea hablar conmigo, ¿verdad? —preguntó Lázaro.

“En efecto. Ahora, si tuviera usted la amabilidad de retirarse hasta este punto.”

—¿Y él sabe dónde estoy? —preguntó Lázaro, rodeando la mesa.

“Sí, lo hace. Es para tu protección que estás confinado, Maestro Lázaro. Él insiste en que «Sea tratado como su distinguido invitado». Lo agarró del brazo y lo colocó justo detrás de ella. «Quédese aquí». Tomó el cubo de jabón de la mesa y lo dejó caer a sus pies.

“¿Puedo hablar con él ahora?”

Ella lo examinó y soltó una risita. «Estás muy sucio, y desde luego no estás en condiciones de tener audiencia con mi Señor. Debes arriesgarte a darte un baño. Ahora, manos a la obra. Quítate esa ropa». La mujer volvió a la bandeja mientras las criadas lo rodeaban, caminando con la ligereza de ángeles. Cada una sacó un paño enjabonado del cubo y lo escurrió.

Los ojos de Lázaro se abrieron de par en par. Se apartó de ellos. "¿Desnudarme? ¿Ahora mismo?"

—¿Deseas ver a mi Señor, verdad? —le preguntó por encima del hombro.

“Sí, sin embargo, preferiría ...”

—¡Oh, cállate! Crié a cinco hijos y les dije a todos: «No hay nada que no haya visto desde entonces». Ahora desnúdate para que pueda limpiarte para mi Señor. Tengo órdenes: o te quitas esas pieles sucias o lo haré yo. Cerró los frascos de ungüento y los devolvió a la bandeja. —Él espera que estés bien lavada . Y no necesitas esas pieles, ya que mi Señor te ha proporcionado ropa y botas limpias. Debes mirar ...

Detrás de ella, una criada jadeó. Otra soltó una risita y la mujer las reprendió. “¡No toleraré tal comportamiento!” Se giró hacia ellas y continuó sermoneándolas: “Mientras...”

Sin embargo, vio a Lázaro, que estaba allí, completamente avergonzado.

“¡Oh, Dios mío!” , exclamó con la mano en la mejilla, mientras todas las miradas se posaban hipnotizadas por los rasgos excepcionales de Lázaro.

Se aclaró la garganta y les gritó a sus criadas: «¿Y bien? ¡Dense prisa!». Ellas se apresuraron y le echaron paños enjabonados, frotándolo. La mujer le lavó el pelo, luego trajo una lata de ungüento y le aplicó un trapo sobre la herida de la frente. La curó. Y mientras las criadas lo lavaban, ella también atendía las pequeñas heridas de su cabeza.

—Con eso bastará. —Dejó el ungüento sobre la mesa y se volvió con una toalla limpia—. La herida más profunda dejará cicatriz, pero vivirás.

La mujer le echó la cabeza hacia atrás y le lavó el cuello. «Desde luego que no necesita afeitarse, señor Lázaro. ¿Acaso nunca le ha crecido pelo, salvo en la cabeza?».

"No."

“¿Y todos los hombres que vuelan tienen orejas y dientes tan largos como los tuyos?”

—No lo sé. No he visto a otro... ¡Ay! —Lázaro se tensó.

“Oh, quédate quieta; no te estoy haciendo daño .”

—Son ellos —admitió, refunfuñando mirando al techo.

Bajó la mirada hacia las cabezas de tres mujeres, tal vez reunidas con ganas de hacer travesuras. “¡Lilita!

¿Aún no han terminado, chicas?”

Los tres se pusieron de pie de un salto, con una gran sonrisa. "Oh, sí, mamá".

—Aparta el cubo y frótale el trasero. —La mujer le soltó la cabeza y le lavó los hombros—. Levanta los brazos. Y si fueras tan amable de extender esas alas, amo Lázaro, también podríamos limpiarlas por dentro. —Él obedeció; se quedaron boquiabiertos; sin embargo, el baño continuó.

Finalmente, la mujer lo secó y lo empolvó. Levantó una camisa blanca con volantes, con la espalda cortada por la mitad. “Dejé espacio para tus alas, sin embargo, ponértela podría ser

“Un poco complicado”. Sin embargo, se deslizó sobre sus alas, quedando perfectamente en su lugar. “Maravilloso. Lo ajusté un poco pequeño. Usé la talla de mi hijo mayor para que te quedara bien. Él también era un hombre grande”. Abrochó la parte delantera.

—¿Esta es su camisa? —preguntó Lázaro.

—Oh, no —dijo riendo entre dientes—. Jamás usó ropa tan elegante como esta. —Le arregló el cuello de la camisa—.

Sin embargo, ahora está muerto.

“¿Qué le pasó?”

Ella frunció los labios. «Fue asesinado por ese monstruo, Lord Hugon, el mismísimo diablo».

Ella tomó un par de pantalones negros de una de las doncellas y se los dio. “Su ejército Asaltaron los campos del pueblo, matando a mi esposo, a mis cinco hijos y a mis dos hijas. Lucharon valientemente, pero no somos rival para el ejército de Hugon.

“¿Por qué los mató?”

—Porque es un monstruo. Pero basta ya; lo hecho, hecho está. —Le dio un par de botas negras—. Ahora, pónelas. —Se giró hacia la mesa y ella y sus criadas recogieron sus pertenencias.

De espaldas a Lázaro, le dijo: «Bueno, te bañamos con agua y jabón, te lavamos la sangre y te unguimos. Es todo lo que pudimos hacer».

Mientras volvía a llenar la bandeja, le indicó a una de las doncellas: "Y trae esas pieles".

“Sí, mamá.”

Ella respiró hondo como una mujer gorda y lo llamó: «No, Maestro Lázaro, usted no es un hombre volador ».

—Lo soy —insistió Lázaro.

Se giró y lo miró fijamente a los ojos. Luego se puso las manos en las caderas y sonrió con admiración. «No. Ahora sí que eres un príncipe encantador . Y mi señor debería estar prendado de ti, como yo». Lázaro hizo una reverencia y sonrió.

—Bueno, chicas, recojamos todo. Lo nuestro ya está listo. —La mujer llevó su bandeja a la puerta y llamó.

Lázaro la llamó y le dijo: «Te debo mucho. Gracias».

—No, no lo eres, amo Lázaro. Han pasado dos estaciones desde la última vez que fui madre de mis hijos. Y solo una madre viuda puede apreciar momentos como estos. —Sonrió débilmente y miró al suelo, tal vez intentando vislumbrar el paso de las estaciones. Sin embargo, la puerta se abrió y un guardia les permitió el paso. —Adiós, amo Lázaro —respondió , mientras sus tres sirvientas, cargadas de equipaje, la seguían.

—Sí, mamá —respondió Lázaro, aún sonriendo y agitando la mano como un niño pequeño, incluso cuando la puerta se cerró con un clic.

Finalmente, Lázaro rodeó la mesa, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas a la espalda, caminando de un lado a otro. una figura que evocaba a un noble alado pensativo. De vez en cuando, dirigía una mirada cautelosa por encima de las paredes, moviendo las orejas, tal vez en un esfuerzo subconsciente por discernir ese sonido revelador de la entrada al infierno, a veces marcado por lo que podría parecer el zumbido de muchas langostas.

En su brevísima estancia, rápidamente llegó a detestar los muros, anhelando en cambio la seguridad alternativa del espacio abierto, de los cielos eternos. Y, aunque bajo la protección del señor

Lázaro, distinguido huésped, permanecía prisionero de un gobernante aún más poderoso. Se sumergió en la luz de las velas, en profunda reflexión, plenamente consciente de que no podía arriesgarse a abandonar la habitación, puesto que, a esas alturas, la luz del día reinaba sobre la tierra; el sol abrasador ejercía de guardián supremo.

Sin embargo, mientras tanto, a salvo del carro infernal del cielo, preocupaciones más inmediatas lo atormentaban. En primer lugar, ¿cómo le explicaría al Lord D'Alcicourt, o a cualquier cristiano temeroso de Dios, que era un ser creado enteramente para la noche, pero que conservaba su imagen de cristiano, creado en la Luz de Dios? Además, solo podía rezar para que, cualquiera que fuera la tarea que el Lord D'Alcicourt le tuviera reservada, no fuera un acto pecaminoso y no requiriera la luz del día. Si una tarea tan simple como esa, entonces, una vez completada, Puede que vuelva a estar de camino a Canello para buscar al fraile Salvitino y cumplir su promesa de ayudar a cerrar la Puerta de Piedra.

Sin embargo, el hambre voraz le apretaba el estómago, que yacía vacío como una tumba destripada. Se giró hacia la puerta, olfateando el aire. Al principio, el olor era débil, pero se intensificó hasta confirmar el aroma a cerdo asado. Se oyeron voces en el pasillo exterior. La puerta se abrió de golpe.

En fila, una hilera de sirvientes, cada uno cargado con un plato humeante, se alineó con la pared mientras se acercaban a la mesa, llenando su superficie con platos de plata en un banquete digno de un rey. Cerdo asado y pavo real con pimienta, filetes de pescado, ternera tierna y carne de res a la parrilla, y pollo al horno y filetes de venado competían por un lugar en la abarrotada superficie. Huevos duros y queso en bloque adornaban los platos. Frutas llenaban bandejas junto a cuencos rebosantes de frutos secos. Una jarra de vino rebosaba. En conjunto, la mesa se transformó en un extenso collage y una obra maestra culinaria.

Uno por uno, los sirvientes hicieron una reverencia y sonrieron a Lázaro antes de abandonar la habitación. Por último, un El anciano y delgado sirviente preparó un solo cubierto. Tomó una copa y la llenó de vino.

—¿Va a haber un banquete? —preguntó Lázaro.

—En efecto; a su servicio, Maestro Lázaro. ¿Necesita algo más? —Parecía bastante jovial. Pasó la mano por encima de toda la mesa—. ¿Le parece todo de su agrado?

—Oh, no. —Lázaro negó con la cabeza, frunció el ceño y examinó el banquete minuciosamente. Abrumado por su extravagancia. "Es demasiado. Moriré. ¿Tengo que comérmelo todo?"

—En efecto —rió el sirviente—. Coma solo lo que desee, amo Lázaro. Si le place, su lugar lo espera. —Hizo un gesto hacia el plato y la copa, aparentemente ahogados.

por los platos circundantes.

Lázaro se acercó al lugar que le habían asignado, quejándose: «¡Hay tanta comida! Hay de sobra para muchos. Quizás podrías hacer que otros también coman, para que no se eche a perder».

—Oh, no se echará a perder, amo Lázaro —dijo el sirviente con una sonrisa. Miró por encima de la mesa. «Mañana celebraremos un gran banquete en tu honor. Mi señor está de buen humor y lo celebra. Y cuando hayas comido hasta saciarte, el resto se ha prometido a todos los sirvientes del castillo.»

“¿Qué celebra él?”

“Él te celebra, Maestro Lázaro.”

“¿Yo? ¿Por qué?”

—Bueno, no me está permitido hablar de esos asuntos, aunque pudiera intuir sus razones. Maestro Lázaro, ¿necesita algo más?

—Yo... no. Gracias, señor —murmuró. El sirviente sonriente se retiró, dejando a Lázaro orando sobre su plato.

Y en un instante, después de besar su cruz de oración, Lázaro se abalanzó sobre la mesa, llenando su plato con porciones de cada plato de carne. Saboreó cada porción; jamás, en toda su vida en la Abadía, se había imaginado participando de un banquete tan exquisito. Mientras cenaba, su mente estaba en otra parte, rememorando sus días en las catacumbas cuando era niño, las muchas veces que Su padre montaba guardia en la puerta mientras él comía cuencos de pan crujiente que acompañaban los pocos restos de carne o queso que lograba sacar a escondidas de la cocina del refectorio; leía a escondidas los numerosos libros del scriptorium, que describían reyes, señores, castillos y banquetes fantásticos; se escabullía de la cama y se colaba en la bodega para sorprender a un fraile gordo y astuto en su mejor momento. Para Lázaro, todo aquello parecía haber ocurrido apenas unas noches antes. Y, en un sentido agrídulce, sentía como si el espíritu jovial de Odino lo rodeara por completo.

Solo entonces encontró el origen del espíritu sentado junto a su plato como una copa de vino llena. Lo llamó con palabras familiares pero antiguas: «No bebas más agua, sino un poco de vino, por tu estómago y tus frecuentes dolencias». El recuerdo de la sonora risa de Odino resonó en su mente. Tomó la copa, bebió un sorbo y se relamió los labios. Luego, una leve sonrisa se dibujó en su rostro. Inclínó la copa, la bebió de un trago y suspiró. Luego miró al techo y se dirigió al espíritu de Odino: «Sabe mejor de lo que huele». Se sirvió otra copa y arrancó una pata de pavo real.

Mientras continuaba el banquete privado, Lázaro golpeaba la jarra, acompañando casi cada bocado de carne con vino y poniéndose cada vez más alegre con el paso de los momentos.

Finalmente, se rió entre dientes sin motivo alguno y entabló un diálogo abierto consigo mismo y con la comida.

Lázaro estaba borracho.

“Ahora entiendo, mientras estabas en el sótano, por qué te reías tanto.” Con una sonrisa dentada, brindó hacia el techo. “A ti, Fray Odino, que estás en el Cielo. Está escrito: Y nadie, Habiendo bebido lo viejo, inmediatamente desea lo nuevo, pues dice: «Lo viejo es mejor». Volvió a llenarlo. Su copa, levantó el resto de su pierna de pavo real y cayó hacia atrás, del banco al suelo. El vino salpicó su camisa, empapándola de púrpura, y la copa rodó hasta la esquina de la habitación. Aún sosteniendo la gran baqueta, se giró de lado y rió entre dientes como un borracho.

Lázaro buscó su copa y la divisó en un rincón, junto a lo que parecía una rata aplastada y en descomposición. Se dirigió a la rata y le dijo: «No tienes buen aspecto, amigo mío; ¿te habrá pisado el fraile Clodio?». Sonrió y resopló, apoyándose torpemente en un brazo. «Amo Rata, ¿sabía que soy un hombre volador?». Lázaro ladeó las orejas con pereza, como esperando una respuesta. «¿Así que no se dirige a los hombres voladores?». Se hizo el silencio. «Bueno, entonces pruebe esto», dijo , apuntando con firmeza la baqueta hacia la rata , «debo insistir en que coma algo. Parece un poco... delgado». Se rió, balbuceando incoherencias.

Recuperándose parcialmente, Lázaro intentó ponerse de pie, pero volvió a caer. Balbuceó: «Bueno, amo Rata, si tanto le interesa saberlo, soy un hombre... mosca... eh... volando...». Se puso de pie con dificultad, gimiendo: « No puedo... ponerme de pie». Finalmente, se apoyó en la mesa y miró fijamente las paredes. «¿Acaso ... hombre-volar? Hombre-volar... Dios mío».

Finalmente, recuperó el equilibrio y tropezó al bajar por el lateral de la mesa, apoyándose en ella mientras se balanceaba en un estado de embriaguez. Entrecerró los ojos y miró a su alrededor con expresión perpleja, aparentemente confundido sobre dónde se encontraba. Su mirada se posó entonces en la pared del fondo, donde, en su completa embriaguez, las piedras parecían respirar, moverse dentro y fuera. Levantó su baqueta y la golpeó contra la pared. "¿Quizás podrías hacer que esta también cobre vida?". Se puso de pie y reprendió a la pared: "Yo no te he llamado". Sabía perfectamente que la pared permanecía inmóvil, que lo único que respiraba y se movía era él, borracho , pero no pudo resistir la tentación del insulto improvisado, una vez que se le ocurrió . Resopló y cayó al suelo, con la mirada perdida en el vacío.

De repente, Lázaro se sobresaltó cuando un ruido familiar se intensificó, un sonido como el que podría...

parecían un enjambre de langostas que se acercaba. Se metió debajo de la mesa, con los ojos fijos en la base de la pared del fondo, que permaneció inalterada incluso cuando el ruido cesó repentinamente. En las sombras debajo de la mesa, giró la cabeza hacia la pared opuesta y divisó un par de Pies descalzos con uñas negras en forma de garras. Las puntas afiladas de las largas uñas curvas descansaban uniformemente sobre el suelo de piedra.

—¡Dios mío! —exclamó entre dientes, temblando de terror.

—Sí, querido hombre volador —dijo una suave voz de muchas mujeres a la vez—, soy tu querido Dios. Los pies rodearon la mesa y se plantaron bajo el banco, quedando lo suficientemente cerca como para que él pudiera posar una mano extendida sobre ellos. —Ahora bien, ¿qué debo hacer contigo, Maestro Lázaro? Parece que no sabes cómo estar muerto como es debido. ¿Es tan difícil de comprender que debo ser yo, y solo yo, quien te lo enseñe? Lázaro Permanecí en silencio, pero seguí con la mirada los pasos mientras caminaban sin rumbo fijo alrededor del perímetro de la mesa, deteniéndose ocasionalmente antes de volver a moverse.

“Tu banquete es un altar rebosante de muerte. Mira lo que les hiciste : decapitados, sin piernas, destripados y desmembrados, quemados, hervidos y desgarrados. ¿Puedes oír sus gritos, Maestro Lázaro?”

De repente, Lázaro sintió náuseas y se agarró el estómago, solo para descubrir que lo vomitaba repetidamente. “Te los comiste. ¿Puedes oír sus dolores?” Dominado por unos calambres insoportables, se tumbó. De lado, acunando un vientre que sentía que se iba a desgarrar. Entonces lo oyó: minúsculos gritos que emanaban de su estómago, como los chillidos mezclados de muchos ratones moribundos.

“¿Sabes por qué gritan, Maestro Lázaro?”

Lázaro volvió la vista hacia donde habían estado sus pies, pero ya no estaban. Se echó hacia atrás y vio el rostro de Lucifael cerniéndose sobre el suyo, con los ojos negros ardiendo. Se quedó petrificado.

—¡Porque te negaste a comer el pan! ¡En cambio, te los comiste a ellos! —gruñó—. ¡Te comiste sus almas, Eljo! —Sacó su viejo cuchillo de desollar de hueso afilado y pasó la hoja delicadamente por su mejilla y labios—. ¡Ahora, ven y acuéstate sobre esta mesa para mí! La comida quedó esparcida y los platos resonaron sobre las losas junto a sus pies mientras ella despejaba la mesa con amplios y deliberados movimientos de sus brazos; el otrora elegante y distinguido festín del noble se había reducido a nada más que montones indistinguibles y repugnantes sobre un suelo mugriento.

En un instante, se quedó de pie junto a la mesa, donde él había visto sus pies por última vez.

«¡Vamos! Acuéstate sobre la mesa; los resucitaremos, ¡ les daremos nueva vida! ¡Ahora, levántate!»

Lázaro temblaba bajo la mesa mientras contemplaba sus largos dedos de los pies con uñas negras.

“¡Levántate, Maestro Lázaro!”

[Fin del capítulo 14]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~